

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

No sabemos el número de los redimidos. Lo que sí sabemos seguro es que Dios quiere que todos los hombres se salven. De ahí la respuesta del salmo: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio». Para eso está la Iglesia; para comunicar la salvación a todos los hombres de todos los tiempos. Jesús, que es la cabeza de la Iglesia, sigue acercándose al hombre concreto y le comunica la salvación.

Sin embargo, el deseo que Dios tiene de salvarme ha de encontrar acogida en mí. Dice san Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti». El hombre ha de responder positivamente al ofrecimiento que le es propuesto por Dios. El evangelio de hoy va en esa línea. Dice Jesús: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha». A simple vista, esta frase parece decirnos que la entrada del cielo es como una carrera de obstáculos que hay que vencer. Pero no es ese el sentido. Hay un momento en el que Jesús dice: «A quien no me niegue ante los hombres, tampoco yo lo negaré ante mi Padre que está en los cielos». Ahora bien, sabemos que quien confiesa el nombre de Jesús, muchas veces está sujeto a estrecheces: es marginado, humillado, a veces incluso perseguido y condenado a muerte. Bienaventurado aquel que no se avergüence del nombre de Jesús, porque su nombre está escrito en el cielo.

Al mismo tiempo, el evangelio muestra el deseo de Dios de acoger a gentes de todos los pueblos, incluso de los que no han conocido a Jesús. Es el sentido de la primera lectura y de las palabras del Señor: «Vendrán del Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios». Dios no hace acepción de personas, pero conviene tomarse en serio la invitación del Señor.

Aceptar la salvación significa vivir, ya desde hoy, como salvado. No se puede dejar la entrada a los cielos para los postres. Dios nos salva ya ahora, en nuestra concreta situación histórica. Por eso Jesús avisa: «Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos». Es una advertencia en la línea de lo que habla la Carta a los hebreos: «Aceptad la corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues, ¿qué padre no corrige a sus hijos?».

El evangelio de hoy, pues, nos dice: conoces el amor de Dios, pero no lo malinterpretas. Ese amor no es una licencia para comportarte de cualquier manera. Quien verdaderamente conoce el amor de Dios intenta vivir ahora según Él. No podemos frivolar el amor de Dios, porque Él nos quiere de verdad.